

typical spanish

La irresistible abstención de algunos VIP

Los que preconizan la abstención electoral hacen pensar en la archirrepetida historieta del cojito que fue a merendar al campo con sus amigos y les salió un toro bravo. En la huida general el hombre, renqueando con su pierna, daba voces desesperadas: ¡No corráis que es peor!

Pero habría que distinguir varias clases de abstencionistas, según sus motivaciones y sus modos. Los hay tan maximalistas y radicales contra la democracia formal que no quieren saber nada de las urnas; es explicable. Otros han preferido retirarse en silencio a su casa por razones personales; es respetable. Algunos no han visto halagadoras perspectivas para sus excepcionales méritos y han dado un portazo alegando que estas elecciones no ofrecen suficientes garantías democráticas; es deplorable.

Cuando hay grupos no legalizados dispuestos a jugar, en principio, como «independientes» contra viento y marea; cuando vemos que aceptan el reglamento partidos que entre sí se han venido acusando de dictatoriales y totalitarios, es un penoso

espectáculo el de aquellas «Very Important Persons» —VIP, para decirlo con sus siglas homologadas internacionalmente— que rompen la baraja.

El hecho es singularmente triste cuando se trata de personajes de talante tenido por liberal, exquisita corrección e imagen democrática. Es como descubrir que un ídolo de la deportividad no había aprendido la mejor lección que enseñan en Wimbledon antes de coger la raqueta: a perder sonrientemente.

Los que nos hicimos hombrecitos entre gasógenos, cartillas de racionamiento, cercos internacionales, pertinaces sequías y otras asignaturas pendientes, vamos a debutar como votantes para diputados y senadores. No se puede decir que la cincuenta sea una edad prematura para perder la virginidad electoral. Pero nuestra biseñez no llega al extremo de creer que los comicios están —ni ahora ni nunca— organizados, controlados e intervenidos por legiones de ángeles, arcángeles y querubines.

Que hubo manipulaciones toda la vida es algo que nadie negará seriamente. No obstante, para consuelo de pesimistas y recordatorio de es-

cépticos, según los cuales, pase lo que pase siempre ganan los «gubernamentales», podríamos traer a colación que los republicanos se impusieron en 1931 con un Gobierno monárquico en el poder; que las derechas ganaron las elecciones del 33 con un Gobierno de izquierdas y las izquierdas derrotaron a las derechas en el 36 con un Gobierno llamado de centro que, por lo visto, patrocinaba el presidente de la República, que, a su vez, había sido ministro de la Monarquía.

Vamos, que un político de casta no puede desdeñar olímpicamente las elecciones por encontrarlas insuficientemente democráticas. Los graves problemas que acucian a España requieren la concurrencia de todos y, especialmente, de los más valiosos: de los auténticos VIP.

El 15 de junio es fecha de resultados inciertos. Una ostentosa y displicente abstención por augurios de una derrota inevitable puede resultar tan grave error como brindar antes de tiempo por una victoria segura.

R. LANDÍN